

La venganza del destiempo: sobre Antonio José Ponte y Walter Benjamin

Rocío Fernández
Universidad Nacional de Mar del Plata-CELEHIS

El 31 de agosto de 2006 apareció, en la Revista Letras Libres, una nota titulada "El arquitecto replantea una ciudad enemiga", escrita por el cubano Antonio José Ponte. En ella narra, con su admirable estilo, la curiosa historia del arquitecto Josep Luís Sert. Habiendo huido de España y de la guerra, llega a la capital cubana buscando trabajo pero se encuentra con que para ejercer lo obligan a revalidar su título y, por ende, volver a las aulas; ante la negativa, decide, entonces, emprender el camino hacia el norte donde tiempo después llegará a dirigir la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Harvard. Ya consolidado en Estados Unidos, abre junto a dos de sus colegas, un gabinete de proyectos, llamado Town Planning Associates, al que, tiempo más tarde, contratará el dictador Fulgencio Batista para encargarle la modernización urbanística de La Habana. A menos de dos décadas de salir de Cuba, aquella ciudad que antes lo rechazara, se encontraba rendida en forma de grandes planos sobre la mesa de trabajo de Sert, dice Ponte. Por eso, el sugestivo nombre de la nota "El arquitecto replantea una ciudad enemiga". A su vez, en la lectura irónica de Ponte, el Plan Sert (nombre con el que se bautizó este replanteo urbanístico) podía pensarse como una venganza en tanto proponía borrar del mapa cientos de construcciones de valor histórico en pos de motorizar y modernizar la ciudad. Más allá de que, finalmente, el proyecto modernista del estudio de Sert quedó trunco por la llegada de la Revolución, lo que le importa a Ponte es "el supuesto de la venganza, pues gracias a tal supuesto podré imaginar *otra destrucción para La Habana*" (Ponte 2006: párr.10). Esta otra venganza surge a partir de la negativa a otro inmigrante:

Walter Benjamin. Así, de Luis Sert a Walter Benjamin, a quien Theodor W. Adorno intentó conseguirle, a mediados de 1940, un puesto como conferencista invitado en la Universidad de La Habana para que pudiera escapar de su exilio desesperado. Como nos adelanta Ponte, Adorno no consiguió lo que quería y Benjamin termina suicidándose el 26 de septiembre de 1940. Ponte, imagina, y finalmente afirma:

En esto consistía su venganza: La Habana tendría que vérselas sin Plan Benjamin alguno. El ensayista alemán no dejaría instrucciones de cómo perderse dentro de ella, no introduciría a sus moradores en la filosofía (continuación de la de Baudelaire) del pasear desinteresado. Aquellos que desde allá quisieran obtener atisbos de todo lo anterior tendrían que esforzarse en *traslaciones imaginativas, habrían de traducirlo*. Y así andamos aún por estos lares (Ponte 2006: párr.18).

Más allá de la historia del arquitecto, lo que me interesa destacar de lo que hace Ponte en esta nota es la manera en que lee ese no-momento, podríamos decir, de la historia de Cuba vinculado con la no llegada de Walter Benjamin a la isla. Lo primero que habría que remarcar es que si bien el cubano dice que va a imaginar una supuesta venganza de Benjamin, en realidad esta es parte de lo que efectivamente sucedió. Si como dice Ponte la venganza consistiría en que La Habana tendría que vérselas sin Plan Benjamin, lo que inmediatamente se desprende es que como el filósofo nunca llegó, la venganza no es sólo producto de la imaginación de Ponte sino que, por el contrario, es un hecho consumado. Ahora, lo que sí podríamos preguntarnos es por qué la ausencia de Benjamin en La Habana podría considerarse como una venganza *per se*; frente a esto, la respuesta que nos da Ponte es la siguiente: es una venganza porque sin Benjamin no hay teoría, en tanto reflexión e interpretación, de la ciudad. Esta falta supone, en palabras de Ponte, *otra destrucción de La*

Habana ya que no sólo devasta quién, como Sert, proyecta una reestructuración sin ningún tipo de sensibilidad histórica sino que hay también una destrucción otra vinculada con la ausencia de dispositivos teóricos para leer dicha ciudad; incluso, podríamos ir un poco más allá y decir, probablemente en coro con Ponte, que sin teoría de la ciudad se corre el riesgo de la insensibilidad histórica urbana. Es en este sentido que el escritor afirma que incluso hasta hoy en día “aquellos que quisieran obtener atisbos de (la teoría benjaminiana de la ciudad) tendrían que esforzarse en *traslaciones imaginativas, habrían de traducirlo*” (Ponte 2006: párr.19).

Quisiera quedarme, entonces, con esto último: lo de las traducciones/traslaciones imaginativas. Sin embargo, antes de continuar en esta línea, voy a hacer un breve paréntesis que me parece necesario. Ponte no es el único que se ha fijado en la no-llegada de Walter Benjamin a La Habana; por el contrario, Rafael Rojas le dedica un capítulo entero a dicha cuestión dentro de su libro *El estante vacío* en el que analiza las ausencias en la biblioteca cubana postrevolucionaria. En este, Rojas afirma que el filósofo no sólo no llegó a la capital cubana como refugiado judío en el verano de 1940, sino que tampoco llegó como clásico del marxismo occidental en la segunda mitad del siglo XX. En efecto, el marxismo que se editó y difundió ampliamente en Cuba durante las primeras dos décadas de la Revolución fue el marxismo soviético en el que, claramente, no entraba el autor.¹ Según Rojas, habrá que esperar la flexibilización de finales de los ‘80, con el debilitamiento y la posterior disolución

¹ A finales de los ‘60 la revista *Pensamiento Crítico* (1967-1971) intentó sin éxito dar a conocer a marxistas heterodoxos como Rosa Luxemburgo, Karl Korsch, Antonio Gramsci, Herbert Marcuse, Roger Garaudy, Louis Althusser o Jean Paul Sartre.

del bloque soviético, para que comiencen a circular, aunque muy escuetamente y en menor medida que otros teóricos, algunos de sus textos.²

En este contexto de *estantes vacíos*, la potencialidad de la literatura tendrá un papel fundamental en ese esfuerzo por crear, a partir de la traducción/traslación imaginativa de la que habla Ponte, una filosofía/teoría de la ciudad. Porque si bien Benjamin no llegó a La Habana, si hubo un escritor que podría considerarse análogo a Baudelaire y que suscitó el interés de varios críticos a finales de los '80 y principios de los '90 por su manera de recorrer e imaginar la ciudad: ese escritor fue el modernista Julián del Casal. En palabras de Rafael Rojas:

las recepciones más genuinas de Benjamin en Cuba (las han hecho) algunos escritores como Francisco Morán, Víctor Fowler y Antonio José Ponte, entre otros, que se interesaron en el poeta Julián del Casal. Aquel melancólico y nihilista tropical, que vivió en La Habana del XIX como un poeta parisino remitía directamente a Baudelaire y Baudelaire a Benjamin (2008: párr. 40).

En esta línea, en el marco del centenario de la muerte de Casal celebrado en 1993, Ponte escribió un artículo que tituló "Casal Contemporáneo", y que luego incluyó en uno de sus ensayos más importantes *El libro perdido de los originistas* (2005). En este leemos: "Poeta aún sin estatua, es el mismo espíritu suelto por la ciudad que fue en vida. Cuando los días son lloviznosos, la ciudad vieja de La Habana se hace íntima y es cuando más sentimos a Casal en ella" (Ponte 2005: 32). En el contexto del libro, esta cita se resignifica en tanto la

² Aún en los años '80 la única obra de Benjamin que se leía en círculos reducidos de la crítica insular era el ensayo *La obra de arte en la era de su reproductibilidad técnica* (1936), que había logrado una furtiva edición en la revista *CineCubano*.

figura fantasmagórica y sin estatua del decadente Casal se opone a la monumentalización de José Martí. Ponte analiza y desarma la lectura que hizo el régimen del poeta revolucionario al mismo tiempo que evidencia los rasgos que hicieron de Casal una figura inútil para el discurso estatal. Es a partir de esta operación crítica que se construye no sólo un linaje sino también una contemporaneidad anacrónica con el modernista; “Casal, a diferencia [de Martí], resulta poco útil para los ideólogos y ahí está su principal valor” (Ponte 2005: 10). Son, en definitiva, escritores unidos por su condición, que es castigo y salvación a la vez, de fantasmas: quedan afuera del canon, son silenciados, pero es eso lo que justamente los libera de la interpretación y la consiguiente utilización del Estado y, les permite moverse libremente por la ciudad.

En este sentido, y volviendo a la nota de Ponte, si bien es posible afirmar que, como dice él, aún hoy se "sufre" esa ausencia de Walter Benjamin en la biblioteca cubana, no podría hablarse de una ausencia de reflexiones sobre la ciudad sino, más bien, todo lo contrario. En parte, eso se debe, como afirma Rojas, a la lectura e interpretación que una serie de escritores de finales de siglo XX empieza a hacer sobre las representaciones que la literatura cubana anterior había hecho de la ciudad –desde las crónicas modernistas hasta la narrativa de José Lezama Lima y Guillermo Cabrera Infante–. Sin embargo, esto no es todo: el hecho de que estos escritores cubanos vuelvan la mirada al siglo XIX también repercute en la manera en que leen su propia contemporaneidad. Claro ejemplo de ello, es la operación de lectura que hace Ponte sobre Casal y que, como un espejo, se vuelve contra su propia figura. En otras palabras, lo interesante de lo que señala Rojas acerca de la recuperación de Benjamin, es que dicho marco no sólo les permite revisar las configuraciones de la ciudad finisecular, es decir, por ejemplo, cómo Casal representa La Habana de fin de siglo XIX, sino que también les

permite reflexionar sobre el espacio que ellos mismos habitan. Esto quiere decir, entonces, que la zona discursiva del fin de siglo XIX no es simplemente un objeto de estudio sino que, por el contrario, se constituye como una matriz histórico-discursiva privilegiada que les permite comprender su propia actualidad.

Pero para reforzar esto que digo, vayamos a otro ejemplo de Ponte: una de las crónicas que integran el volumen *Un seguidor de Montaigne mira La Habana* (2014):

Vine a la Habana después de su muerte (la de Lezama). Habían muerto también Carpentier y Piñera. No vi nunca en la calle al Caballero de París, ya estaría recluso supongo. Sin embargo, he creído ver en ellos a guías míos en la ciudad. De éstas, la enseñanza que puede parecer más descabellada, la del Caballero, merece una corta explicación. He supuesto en él el espíritu del flâneur que existió en Baudelaire, que destacó otro maestro en ver ciudades, Walter Benjamin. El Caballero representa además el tipo que ha hecho de las calles su casa y encuentro en él el mismo impulso de hacer suya la ciudad, de domesticarla, que puedo entrever en Lezama. Es el loco emblemático (60).

El fragmento permite conectar, a través de la figura del flâneur de Walter Benjamin, al propio Ponte y su experiencia en la ciudad de fines de siglo XX, con el Caballero de París de mediados de siglo, y con esa imagen anacrónica del fantasma suelto de Julián del Casal. En definitiva, esa enseñanza, esa guía en la ciudad, tiene que ver nuevamente con la autonomía del escritor: es decir, con esa capacidad de “hacer suya” (la ciudad), “de domesticarla”, de “escaparse” de los mecanismos de control e interpretación del Estado y, por ende, de configurar también su propia mirada.

A partir de lo dicho, me atrevo a reescribir la venganza que Ponte imaginó para Benjamin: esta ya no consiste, como decía el cubano, en la ausencia definitiva sino en el destiempo de su llegada. ¿Qué mejor contexto de recepción para las teorías de Benjamin que el espacio de la decadencia cubana? ¿Qué lectura se haría hoy día de su filosofía si hubiera llegado efectivamente en el verano 1940? ¿No es acaso la decadencia cubana el contexto privilegiado para una nueva y resignificada lectura de su teoría de las ruinas? Aunque sea algo azaroso, quizás haya ahí, en esa llegada a destiempo una clave de lectura para entender las superposiciones de ambos fines de siglo que veíamos anteriormente.

Para terminar, quisiera retomar algunas cuestiones vinculadas a las reflexiones sobre las ruinas que formula Ponte en *La fiesta vigilada* y en sus apariciones dentro del documental *La Habana: un arte nuevo de hacer ruinas*, dirigido por Florian Borchmayer. Uno de los elementos principales de su teoría tiene que ver con el hecho de que, a diferencia de otras ruinas, las habaneras están habitadas y con que, no son ruinas estáticas sino que están en un constante y lento deterioro, se están arruinando, haciendo ruina (un accidente en cámara lenta, como dice Cocteau). La combinación de estos dos factores es lo que lo lleva a decir en el documental que hay un peligro de habitar las ruinas que no sólo tiene que ver con el peligro material de quedar aplastado sino también con el hecho de que, como dice Ponte, “tú también te estás arruinando”. Es justamente esa ruina del sujeto lo que articula con Benjamin; si como desarrolla el filósofo en *El origen del drama barroco alemán*, las ruinas aparecen cuando se retiran las explicaciones teleológicas del mundo, esto quiere decir que las ruinas no son simplemente los edificios arrumbados sino que son todos los objetos y los sujetos cuando, al retirarse la cobertura trascendental, quedan a la intemperie. En el caso del fin de siglo XX cubano, esa cobertura trascendental que se retira es claramente la del relato de la Revolución.

Y es esa intemperie explicativa la que le permite al escritor no sólo reflexionar sobre la realidad arquitectónica de La Habana sino también entender las ruinas como metonimias de todo un proyecto político. Será, en definitiva, esta concepción de la ruina lo que le dará la posibilidad de arruinar/vaciar el discurso revolucionario –en todos sus aspectos– para no sólo disputarle al Estado la interpretación de esos fragmentos que se han desprendido sino para encontrar también, aquellos fragmentos que, como Julián del Casal, siempre estuvieron caídos.

Referencias bibliográficas

- Benjamin, Walter (1990). *El origen del drama barroco alemán*. Madrid: Taurus.
- Ponte, Antonio José (2006). “El arquitecto replantea una ciudad enemiga”. *Revista Letras Libres*.
<https://www.letraslibres.com/mexico/el-arquitecto-replantea-una-ciudad-enemiga>
- (2005). *El libro perdido de los origenistas*. Roma: Editorial Orígenes Digital.
- (2014). *Un seguidor de Montaigne mira La Habana*. Buenos Aires: Corregidor.
- (2007). *La fiesta vigilada*. Barcelona: Anagrama.
- Rojas, Rafael (2008). “Benjamin no llegó a La Habana”. *Revista Letras Libres*.
<https://www.letraslibres.com/mexico-espana/benjamin-no-llego-la-habana>
- (2009). *El estante vacío*. Barcelona: Anagrama.